

En Boltvinik, Julio y Mann, Susan, *Pobreza y persistencia campesina en el siglo XXI: teoría, debates, realidades y políticas*. CDMX (México): Siglo XXI.

# Repensar lo rústico. Aportes a una teoría del campesinado contemporáneo.

Bartra, Armando.

Cita:

Bartra, Armando. (2020). *Repensar lo rústico. Aportes a una teoría del campesinado contemporáneo*. En Boltvinik, Julio y Mann, Susan *Pobreza y persistencia campesina en el siglo XXI: teoría, debates, realidades y políticas*. CDMX (México): Siglo XXI.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/armando.bartra/67>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pCd2/HDu>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.  
Para ver una copia de esta licencia, visite  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

*Acta Académica* es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. *Acta Académica* fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

# POBREZA Y PERSISTENCIA CAMPESENA EN EL SIGLO XXI

Teorías, debates, realidades y políticas

*coordinado por*  
Julio Boltvinik y Susan A. Mann

*prólogo de*  
Meghnad Desai

*textos de*  
Julio Boltvinik · Armando Bartra · Gordon Welty · Susan A.  
Mann · James Dickinson · Emily Blumenfeld · Luis Arizmendi  
· Henry Bernstein · Araceli Damián · Edith Pacheco · Enrique  
Leff · Elma Montaña · Kostas Vergopoulos · Farshad A. Araghi ·  
David Barkin · Blanca Lemus

**siglo xxi editores**

CERRO DEL AGUA 248, ROMERO DE TERREROS, 04310, CIUDAD DE MÉXICO  
[www.sigloxxieditores.com.mx](http://www.sigloxxieditores.com.mx)

**siglo xxi editores, argentina**

GUATEMALA 4824, C1425BUP, BUENOS AIRES, ARGENTINA  
[www.sigloxxieditores.com.ar](http://www.sigloxxieditores.com.ar)

**anthropos editorial**

LEPANT 241-243, 08013, BARCELONA, ESPAÑA  
[www.anthropos-editorial.com](http://www.anthropos-editorial.com)

---

Catalogación en la publicación

Nombres: Boltvinik, Julio, editor, autor. | Mann, Susan A., editora. | Desai, Meghnad, prologuista. | Anaya, Josefina, traductora.  
Título: Pobreza y persistencia campesina en el siglo XXI: teoría, debates, realidades y políticas / coordinado por Julio Boltvinik y Susan A. Mann; prólogo de Meghnad Desai; textos de Julio Boltvinik [y otros quince]; traducción de Josefina Anaya; revisión de la traducción de Julio Boltvinik

Descripción: Primera edición. | Ciudad de México: Siglo XXI Editores, 2019. | Serie: El mundo del siglo XXI. Sociología y política.  
Traducción de: Peasant poverty and persistence in the 21st. century. Theories, debates, realities and policies.

Identificadores: ISBN 978-607-03-1044-7

Temas: Campesinos – Condiciones económicas. | Mujeres campesinas – condiciones sociales – Siglo XXI.

Clasificación: LCC HD1521 P4318 2019 | DDC 305.5633

---

[título original en inglés  
*peasant poverty and persistence in the 21st. century. theories, debates, realities and policies.*  
copyright © crop 2016]

revisión de la versión en español de los capítulos 2, 4, 6, 8 y 11, julio boltvinik.

preparación del índice analítico en español, julio boltvinik y gerardo olivo

primera edición en español, 2020

DR© 2020 siglo xxi editores, s.a. de c.v.

isbn 978-607-03-1044-7

litográfica ingramex, s.a. de c.v.

centeno 162-1

col. granjas esmeralda, del. iztapalapa  
09810 ciudad de méxico

# ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	17
PRIMERA PARTE: INTRODUCCIÓN DEL LIBRO	
PRÓLOGO	21
1. Persistencia del campesinado: ¿un problema para la teoría o para la historia?	21
2. Trabajo abstracto y concreto	25
3. Trabajo campesino	27
Conclusión	32
Referencias	32
INTRODUCCIÓN	33
1. Origen y contenido de este libro	33
2. Sobre la definición de la pobreza y la baja confiabilidad de la información sobre pobreza rural	34
3. Ubicación de este volumen en la historia de los estudios campesinos	38
4. Conceptualización del campesinado	47
5. Contribuciones de los autores	50
Referencias	65
SEGUNDA PARTE: ARTÍCULOS	
SESIÓN UNO: PERSPECTIVAS TEÓRICAS SOBRE LA POBREZA CAMPESINA Y PERSISTENCIA	71
1. POBREZA Y PERSISTENCIA DEL CAMPESINADO. PONENCIA BÁSICA <i>por</i> JULIO BOLTVINIK	73
1. Introducción. La agricultura capitalista necesita a los campesinos	73
2. La naturaleza de la producción agrícola: su contraste con la producción industrial	75
3. La naturaleza específica del campesinado	76
4. Estacionalidad y pobreza rural	78
5. El debate sobre la cuestión de la persistencia campesina	83
6. Debate virtual entre Djurfeldt y Kautsky	86
7. Estacionalidad agrícola y persistencia campesina. Polémica con Armando Bartra	88
8. Obstáculos a la agricultura capitalista: la tesis Mann-Dickinson-Contreras	93

9. Marx y su visión de la agricultura	96
10. Omisión del proceso discontinuo de trabajo en la teoría del valor de Marx	99
11. Hacia una teoría del valor válida para procesos de trabajo discontinuos	101
12. Hacia una teoría general del valor	103
13. Subsidios y pobreza en las economías campesinas	105
Referencias	111
2. REPENSAR LO RÚSTICO. APORTES A UNA TEORÍA DEL CAMPESINADO CONTEMPORÁNEO <i>por</i> ARMANDO BARTRA	113
1. Introducción	113
2. Campesinos y tecnología: hacer milpa	114
3. Campesinos y economía. El regreso de la renta diferencial	118
4. Lugar de los campesinos en el modelo de desarrollo. ¿Otra vez “agricultura bimodal”?	123
5. El campesino en su laberinto: una polémica.	126
Referencias	132
3. DEL CAMPO AL TENEDOR: FUERZA DE TRABAJO, SU REPRODUCCIÓN Y LA PERSISTENCIA DE LA POBREZA CAMPESINA <i>por</i> GORDON WELTY, SUSAN A. MANN, JAMES DICKINSON Y EMILY BLUMENFELD	134
1. Introducción	134
2. Problemas en el análisis de la pobreza campesina de Boltvinik	135
3. La producción y la reproducción de la fuerza de trabajo	138
4. La invisibilidad del trabajo doméstico en la teoría y la práctica	141
5. Las mujeres y el desarrollo global	142
6. Capitalismo impuro y sus peculiares formas de producción	145
7. El sector informal y la pobreza global	147
8. Subsidios agrícolas: una idea perecedera, que ya no está madura	148
9. ¿Qué se debe hacer?	151
Referencias	152
4. MODERNIDAD BARROCA Y POBREZA CAMPESINA EN EL SIGLO XXI <i>por</i> LUIS ARIZMENDI	156
1. Crisis epocal del capitalismo y pobreza campesina	156
2. La controversia acerca de la pobreza campesina y el capitalismo	158
3. La subsunción capitalista específica del trabajo agrícola por el capital y el salario por tiempo estacional	159
4. Sobreexplotación cínica o brutal	162
5. Modernidad barroca y subsunción formal	164
6. La interacción entre las configuraciones inespecífica y específica de la subsunción formal con la subsunción real del trabajo agrícola por el capital en el siglo XXI	170

ÍNDICE	11
7. Crisis alimentaria, modernidad posbarroca y transcapitalismo	173
Referencias	176
SESIÓN DOS: APROXIMACIONES HISTÓRICAS Y EMPÍRICAS	179
5. AGRICULTURA/INDUSTRIA, RURAL/URBANO, CAMPESINOS/TRABAJADORES: ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE POBREZA, PERSISTENCIA Y CAMBIO <i>por</i> HENRY BERNSTEIN	181
1. El argumento de Boltvinik	181
2. Agricultura e industria, rural y urbano	185
3. Campesinos	190
4. ...y trabajadores (¿clases de mano de obra?)	196
5. Pobreza, persistencia y cambio	199
Referencias	208
6. EMPLEO Y POBREZA RURAL EN MÉXICO <i>por</i> ARACELI DAMIÁN Y EDITH PACHECO	214
1. El campo mexicano en el siglo xx	214
2. Aspectos demográficos de la población rural	217
3. Pobreza en el medio rural de México	222
4. Actividades en contextos rurales y composición familiar	227
5. Intensidad de la mano de obra y “multiactividad”	239
6. Condiciones de trabajo de la población rural: un campesinado pobre y persistente	245
7. Algunas reflexiones finales	248
Referencias	248
SESIÓN TRES: MEDIO AMBIENTE, CRISIS ALIMENTARIA Y CAMPESINOS	251
7. DE LA PERSISTENCIA DEL CAMPESINADO EN EL CAPITALISMO AL AMBIENTALISMO DE LOS PUEBLOS INDÍGENAS Y LA SOSTENIBILIDAD DE LA VIDA <i>por</i> ENRIQUE LEFF	253
1. Enunciación del problema de la pobreza y la persistencia de los campesinos	253
2. La pobreza de la teoría: la estacionalidad del trabajo y la historicidad del marxismo	254
3. Del ecomarxismo a la ecología política y la racionalidad ambiental	260
4. Persistencia de los campesinos en la perspectiva de la ecología política: la lucha por la vida	263
Referencias	269
8. CAMPESINOS Y AGRICULTORES POBRES DE SUDAMÉRICA FRENTE AL CAMBIO CLIMÁTICO GLOBAL. UN DILEMA DE DESARROLLO <i>por</i> ELMA MONTAÑA	272
1. Producción agrícola en tres cuencas de tierras secas	273
2. Ser campesino en una sociedad hídrica	277

3. El impacto del cambio ambiental global en los campesinos	281
4. Agua, pobreza, soberanía alimentaria y derechos territoriales de los campesinos	287
5. ¿Persistencia del campesinado o persistencia de la pobreza?	289
6. Adaptación procampesina al cambio climático	292
Referencias	296
9. FINANCIARIZACIÓN DEL SECTOR ALIMENTARIO Y PERSISTENCIA CAMPESINA <i>por</i> KOSTAS VERGOPOULOS	299
1. El tsunami alimentario	300
2. La burbuja y la crisis alimentaria contemporánea	303
3. Pobreza y persistencia del campesinado	304
4. Agricultura familiar	304
Referencias	309
SESIÓN CUATRO: POLÍTICA, AUTOCONFIANZA Y POBREZA CAMPESINA	311
10. AUGE Y DECADENCIA DEL ESTADO DE BIENESTAR AGRARIO: CAMPESINOS, GLOBALIZACIÓN Y PRIVATIZACIÓN DEL DESARROLLO <i>por</i> FARSHAD A. ARAGHI	313
1. El colonialismo como régimen de bienestar agrario	313
2. Desarrollismo y la transformación del Estado de bienestar agrario	315
3. La globalización y la privatización del Estado de bienestar agrario	325
Conclusión	332
Referencias	334
11. SUPERANDO LA POBREZA RURAL DE ABAJO HACIA ARRIBA <i>por</i> DAVID BARKIN Y BLANCA LEMUS	339
1. Decrecimiento	343
2. Buen Vivir ( <i>sumak kawsay</i> )	345
3. Operacionalización	346
4. Comunalidad	349
5. Implementando sociedades alternativas	351
Referencias	353
TERCERA PARTE: CIERRE DEL LIBRO	
12. DIÁLOGOS Y DEBATES SOBRE POBREZA Y PERSISTENCIA CAMPESINA: ALREDEDOR DE LA PONENCIA BÁSICA Y MÁS ALLÁ <i>por</i> Julio Boltvinik	359
1. Comentarios y críticas a la Ponencia Básica: aclaraciones, precisiones y respaldos	359

ÍNDICE	13
2. Respuestas a comentarios y críticas	377
3. Los rasgos distintivos de la agricultura: una versión detallada	391
4. Temas de discusión pendientes	393
5. Diferentes respuestas a las dos preguntas teóricas centrales de este libro: un boceto	397
Referencias	405
AUTOR DEL PRÓLOGO, COORDINADORES Y AUTORES DE CAPÍTULOS	409
ÍNDICE ANALÍTICO	415



## 2. REPENSAR LO RÚSTICO. APORTES A UNA TEORÍA DEL CAMPESINADO CONTEMPORÁNEO

ARMANDO BARTRA

### 1. INTRODUCCIÓN

El terco mundo campesino es una compañía incómoda de la que siempre quiso deshacerse la modernidad. De dos maneras lo intentó: erosionando demográfica y socio económicamente los ámbitos rústicos y celebrando discursivamente la presunta remisión de la barbarie rural.

No contaré de nuevo la sabida historia de cómo lo urbano-industrial se expandió a costa de lo rural-agrario y la agricultura industrial fue sustituyendo a la familiar<sup>1</sup>, pero en la vertiente discursiva no está de más recordar algunas loas a la desruralización contenidas en el canto a la modernidad que es el *Manifiesto Comunista* de Karl Marx y Freidrich Engels:

La burguesía ha sometido el campo al dominio de la ciudad. Ha creado urbes inmensas; ha aumentado enormemente la población de las ciudades en comparación con la del campo, rescatando a una gran parte de la población del idiotismo de la vida rural. Del mismo modo que ha subordinado el campo a la ciudad, ha subordinado los países bárbaros o semibárbaros a los países civilizados, los pueblos campesinos a los pueblos burgueses, el Oriente al Occidente (Marx y Engels, s.f. [1848]; la frase “rescatando a una gran parte de población del idiotismo” se ha tomado de la versión en inglés por su mayor claridad)

En contraste, un siglo y medio después, el Banco Mundial (2008), portavoz del capitalismo global, convoca a reimpulsar la producción agraria y clama por el regreso de los pequeños agricultores:

Los ajustes estructurales de la década de 1980, desmantelaron el elaborado sistema de agencias públicas que proporcionaba a los agricultores acceso a la tierra, crédito, seguros, insumos y organizaciones cooperativas. La expectativa era que remover el Estado liberaría al mercado para que los actores privados tomaran a su cargo estas funciones –reduciendo sus costos, mejorando su calidad y eliminando su sesgo regresivo. Con mucha frecuencia esto no sucedió. En algunos lugares el retiro del Estado fue, en el mejor de los casos, tentativo, limitando la entrada del sector privado. En otras partes, el sector privado surgió sólo lenta y parcialmente –principalmente sirviendo a los agricultores comerciales, pero dejando a

<sup>1</sup>De esto y otros temas relacionados con la revitalización de las alternativas agrarias de corte campesino se ocupan algunos autores en Magdoff F. *et al.*, 2000.

muchos pequeños agricultores expuestos a las extendidas fallas del mercado, a altos costos de transacción y riesgos y a carencia de servicios. La existencia de mercados incompletos y de brechas institucionales, impusieron elevados costos en crecimiento perdido y en disminuciones de bienestar para los pequeños agricultores, amenazaron su competitividad y en muchos casos su supervivencia” (*ibid.*: 119)

Un próspero sector de pequeños agricultores es una de las piezas fundamentales de una estrategia de agricultura para el desarrollo. (*ibid.*: 131).

En el origen del desencuentro entre las expectativas de dos agentes de la modernización tan conspicuos como los fundadores del “socialismo científico” y el “banquero global” del capitalismo, está que el segundo, habla desde la atalaya de la Gran Crisis. No sólo la recesión económica que arrancó en 2008, sino la debacle multidimensional que incluye cambio climático, astringencia energética, carestía alimentaria y revoluciones.

Es la profundidad de un colapso que está resultando epocal, que restituye su protagonismo al ámbito agropecuario y a los pequeños productores que hasta hace poco resistían en las sombras. Y es que algunas de las salidas a la insostenibilidad ambiental, –la crisis agroecológica y alimentaria, el agotamiento del petróleo, la necrosis social, y el descrédito del racionalismo chato– pasan por la revalorización del campo y los campesinos como potencial productivo, como reserva moral, como inspiración civilizatoria.

Es en la presente encrucijada histórica donde encuentro pertinente repensar lo rústico de manera comprensiva y en sus múltiples y entreveradas dimensiones las cuales diferencio sólo para fines expositivos.

## 2. CAMPESINOS Y TECNOLOGÍA: HACER MILPA

En *El hombre de hierro* (Bartra, 2008) y en otros textos, he cuestionado el prometeísmo que por más de dos centurias compartieron tanto los apologistas del capitalismo como la mayor parte de sus críticos; no la legítima pretensión de humanizar la naturaleza, sí la idea de que la historia es un curso único, fatal y ascendente que recorremos empujados por el siempre progresivo “desarrollo de las fuerzas productivas”. El cuestionamiento, que no es nuevo, viene a cuento porque la debacle de la modernidad incluye el plausible descrédito del racionalismo chato y del pensamiento instrumental, de la tecnociencia que en ellos se apoya y de los insostenibles patrones de producción y consumo que tienen como motor al lucro, pero a los que dan sustento los paradigmas reduccionistas de buena parte de la ciencia moderna. La importancia de este cuestionamiento crece cuando nos damos cuenta de que el multifacético colapso civilizatorio del cruce de los milenios es, en esencia, una crisis de escasez que se expresa en el enrarecimiento de las premisas naturales y sociales de las que depende la vida humana.

Y es precisamente la dimensión científico-tecnológica de la Gran Crisis la que me induce a revalorar las virtudes del holismo teórico-práctico de una producción como la campesina cuyas estrategias son integrales, extremadamente plásticas y espacio temporalmente diversificadas. Lejos estoy de plantear una imposible regresión tecnológica al neolítico, propongo en cambio la recuperación de algunos modelos productivo-consuntivos desarrollados por las grandes culturas agrícolas, en los que quizá se puedan inspirar los paradigmas de repuesto que demanda la evidencia de que la universalización de las recetas de la agricultura industrial resulta insostenible. Así, encuentro en la milpa mesoamericana, en el conuco caribeño y en el manejo “vertical” de los pisos agroecológicos de los andes, entre otros ejemplos de policultivo, un paradigma no sólo agroecológico sino civilizatorio.

Los mesoamericanos no sembramos maíz, hacemos milpa.<sup>2</sup> Cosas distintas porque el maíz es una planta y la milpa un modo de vida: la milpa es matriz de la civilización mesoamericana. Sembrado solo, el maíz es monotonía, en cambio la milpa es variedad: en ella se entrecruzan el maíz, el frijol, los chícharos, las habas, la calabaza, el chile, el chayote, el tomatillo, los quelites, los árboles frutales, el nopal, los magueyes y la variopinta fauna que los acompaña. Lo que distingue a los equinocciales de los pueblos de climas fríos y templados es que ahí se siembran granos mientras que nosotros hacemos milpa; ellos producen su alimento en plantaciones homogéneas y nosotros -cuando nos dejan seguir nuestra vocación agroecológica- lo cosechamos en jardines barrocos.

En otra perspectiva, el milpero se muestra como un paradigma antisistémico, pues capitalismo es sinónimo de especialización y homogeneidad, es separación del campo y la ciudad, es desarrollo de la industria a costa de la agricultura; además de que, sumiso al mercado y movido sólo por la ganancia, el gran dinero vive obse-

<sup>2</sup> Decir maíz es decir milpa, porque la gramínea es el alma de múltiples combinaciones agrícolas, el núcleo de las diversas milpas. Y lo es por tratarse de un cereal de excepcional rendimiento por unidad de superficie y más aún por semilla sembrada. Generosidad posible gracias a un follaje amplio que recibe abundante luz solar para la fotosíntesis y una raíz extensa que captura harta humedad y nutrientes. Esto hace que su densidad sobre el terreno sea baja en comparación con otros cereales, los que pueden sembrarse esparciendo las semillas mientras que el maíz debe ser plantado de manera individual. En compensación, esta práctica permite cultivarlo en laderas de mucha pendiente y suelos pedregosos -tipo de terrenos predominantes en la América equinoccial- pues no requiere roturación y se puede establecer “al piquete”, es decir abriendo agujeros con la coa, para depositar las semillas. La necesaria distancia entre las plantas es afortunada para una imaginación barroca que rechaza el vacío, pues puede emplearse para desarrollar otras especies que -bien seleccionadas- no sólo no compiten con el cereal, sino que apoyan su crecimiento saludable fijando nitrógeno (frijol y otras leguminosas), preservando la humedad y evitando el crecimiento de malezas (calabaza), repeliendo ciertas plagas (chile), etcétera. Además de consentir o inducir la presencia de yerbas silvestres como los quelites, que son comestibles y también fijan nitrógeno, así como magueyes, nopales y diversos árboles frutales que delimitan las parcelas, infiltran el agua y protegen del viento contrarrestando la erosión.

sionado por incrementar la productividad mediante tecnologías estandarizadas y siempre en vertiginosa renovación. El campo milpero, en cambio, es reducto de la diversidad natural-social siempre resistente al uniformador modelo de agricultura industrial.

Es verdad que el monocultivo tiene algún éxito en las grandes planicies templadas y fácilmente mecanizables, pero el éxito deviene fracaso cuando el paradigma norteamericano irrumpe en las regiones equinociales donde la poca fluctuación climática propicia una gran diversidad ecosistémica de modo que la especialización extrema resulta disruptiva y a la larga suicida. Hacer milpa es cultura. Pero es un hecho cultural que resulta de un condicionamiento natural.

La fuerza de la milpa no está en la productividad individual de cada una de las diferentes plantas que la forman sino en la sinérgica armonía del conjunto. Su eficacia no le viene de las partes sino de su entrevero, de su abigarrada simbiosis. Fuerza de lo diverso solidario que es recurso de primera necesidad en tiempos de cambio climático antropogénico y cuando la única certidumbre es la incertidumbre.

Desmesurada, extravagante, excesiva, barroca; así se percibe la milpa desde el clasicismo simplón del monocultivo que ve confusión donde hay complejidad. En un sentido más profundo la milpa es barroca por cuanto sus partes, aun si heterogéneas, son inseparables del todo. Lo es también porque, como el paradigma estético del que viene el concepto, la milpa no es uniforme, sino que adopta modalidades distintas según los lugares y los tiempos. Y como el barroco latinoamericano, la milpa es sincrética, contaminada, híbrida, un agrosistema mestizo al que se fueron incorporando especies y prácticas agrícolas de diferentes orígenes.

El maíz puede sembrarse sólo o acompañado, en sistema de roza o de barbecho; puede cultivarse en pendiente o haciendo terrazas, se le encuentra en sofisticados sistemas de riego como la *chinampa* y en el rendidor *calmil* abonado con desperdicios domésticos. Y esta multiplicidad de modos de sembrar la gramínea es parte de la diversidad virtuosa y entreverada que llamo milpa. Concepto amplio que no se reduce a su modalidad parcelaria, de modo que puede incluir a los grandes maizales y otras siembras especializadas, si estos se articulan en un conjunto agrícola diverso, holista y sostenible donde los plurales modos de cultivo se adecuen a las condiciones agroecológicas y respondan a las necesidades socioculturales.

Plausible estrategia productiva, la milpa y sus semejantes son, también, paradigma de vida buena compartido por muchos pueblos agrícolas. Porque la forma en que se obtiene el sustento se traduce en cosmovisión, y en las culturas mesoamericanas y andinas la *milpa*, el *conuco* y la siembra por pisos ecológicos son espacios idiosincráticos.

Sin duda la vieja Mesoamérica no era un edén y los mexicas, por ejemplo, fueron abiertamente imperialistas. Pero también eran respetuosos de la diversidad cultural de los pueblos tributarios y hasta adoptaban algunos de sus dioses, de modo que a la llegada de los españoles les fue fácil aceptar que estos tuvieran otra religión, no así que quisieran imponerla. Al respecto escribe Alonso de Zurita en su *Breve*

y sumaria relación de los señores de la Nueva España: “los reyes mexicanos (...) en todas las provincias que conquistaban (...) dejaban que los señores se quedaran en sus señoríos (...) y les dejaban continuar con sus usos y costumbres y manera de gobierno” (Citado en Katz, F., 1966: 148) ¿Por qué no suponer que el paradigma milpero está detrás de los rasgos pluralistas y tolerantes del despotismo tributario precolombino?

“La cosmovisión –ha dicho A. López Austin (2001: 62) en “El núcleo duro, la cosmovisión y la tradición mesoamericana”– tiene su fuente principal en las actividades cotidianas (...) de la colectividad que, en su manejo de la naturaleza y en su trato social, integra representaciones colectivas y crea pautas de conducta”. Y en *Tamoachan y Tlalolcan*, (1995: 16) amplía el concepto:

Sobre el núcleo agrícola de la cosmovisión pudieron elaborarse otras construcciones (...) producto del esfuerzo intelectual (...) individualizado y reflexivo. Sin embargo, los principios fundamentales, la lógica básica del complejo, siempre radicó en la actividad agrícola, y ésta es una de las razones por las que la cosmovisión tradicional es tan vigorosa en nuestros días.

Los saberes y haceres que hunden sus raíces en la tradición, son una “ciencia de lo concreto”, que diría Lévi-Strauss (1972) en *El pensamiento salvaje*, una ciencia no “primitiva” sino “primera”, no menos penetrante que las disciplinas académicas convencionales; una reflexión “salvaje” que, según el célebre etnólogo, “sigue siendo sustrato de nuestra civilización” y hoy resulta “liberadora” por cuanto muestra los límites de la ciencia positivista. (*ibid.*: 43)

El paradigma milpero como cosmovisión tradicional, ha resistido durante más de 500 años al racionalismo occidental basado en la descomposición analítica, la causalidad lineal y las estrategias especializadas debido, sobre todo, a que el pensamiento de los pueblos originarios se mueve en un terreno distinto al del invasor. Mientras que el racionalismo positivista es un discurso científico que se transmite a través de abstracciones, la cosmovisión profunda es mito y es rito; discurso alterno y práctica otra que se producen y reproducen con base en la experiencia cotidiana y la labor productiva.

Las palabras del nieto de Nezahualcóyotl y cacique de Texcoco, Carlos Ometchtzin, son una proclama intercultural que a casi cinco siglos de distancia sigue vigente:

Y así tenían también nuestros antepasados cada uno sus dioses y sus maneras de trajes y sus modos de sacrificar y ofrecer, y aquello hemos de tener y seguir como nuestros antepasados (...) Mira que los frailes y los clérigos cada uno tiene su manera (...) Así mismo era entre los que guardaban a los dioses nuestros, que los de México tenían una manera de vestido y una manera de orar y ofrecer y ayunar, y en otros pueblos de otra (...) Sigamos aquello que

tenían y seguían nuestros antepasados y de la manera que ellos vivieron, vivamos (Citado por González Obregón, 2009: 74-75).

Por sus subversivas manifestaciones de pluriculturalismo –inspiradas, quizá, en la diversidad virtuosa de la milpa– Carlos Ometochtzin, también conocido como Chichimecatecutli, fue sometido a un Acto de fe y quemado vivo el 30 de noviembre de 1539.

### 3. CAMPESINOS Y ECONOMÍA.

#### EL REGRESO DE LA RENTA DIFERENCIAL

La faceta económica de la Gran Crisis, evidencia la severa irracionalidad especulativo-rentista de un capitalismo que trata como mercancías al hombre, la naturaleza y el dinero –que no lo son– en una mercantilización extrema que erosiona en un caso al capital productivo y en el otro a la sociedad y a los ecosistemas. Ominosa y catastrófica depredación que convoca a buscar una racionalidad productiva diferente y menos autodestructiva; lógica virtuosa que, pese al desgaste al que ha sido históricamente sometida, persiste en el ecologismo rústico y en la economía moral de ciertas comunidades agrarias. Sin embargo, la renovada convocatoria a traer de regreso a la producción doméstica no responde tanto a su sustentabilidad socioambiental como a su capacidad de sobrevivir en desventaja.

Hace algunos años mostré (Bartra, 2006: 95-132) que una de las razones de la persistencia y reproducción en el capitalismo de la pequeña y mediana agricultura campesina, era que la diversa y climáticamente voluble base natural de la producción agropecuaria generaba cuantiosas rentas diferenciales que incrementaban sustancialmente el costo total que el resto del capital tenía que pagar por las cosechas. Distorsión en el reparto de la plusvalía total que se atenuaba o revertía si la parte de la producción de mayores costos era llevada al mercado por productores familiares cuyas cosechas podían ser sistemáticamente subretribuidas pues sus ofertantes seguían produciendo aun sin ganancias y con tal de obtener un ingreso de subsistencia. De ser cierta, esta tesis explicaría que durante la segunda mitad del siglo xx la reducción de las rentas diferenciales resultante del incremento de la oferta agropecuaria por una vía intensiva y fundada en la tendencialmente homogénea agricultura industrial, haya derivado en un consistente retroceso de la agricultura campesina, mientras que el regreso de la renta diferencial en el arranque del siglo xxi a resultas de la impetuosa expansión de la frontera agrícola para incrementar una oferta agropecuaria que está siendo alcanzada por la demanda, permite esperar una nueva ampliación –acotada a ciertas áreas y productos– de la pequeña y mediana producción familiar.

Retomo ahora mi vieja línea argumental que, me parece, ha sido poco explora-

da, como han sido marginalmente abordadas las implicaciones de la llamada renta territorial, que fue discutida por numerosos autores en los tiempos tempranos del capitalismo. Los diferentes rendimientos que en la agricultura tienen inversiones iguales de trabajo, el que el proceso productivo sea ahí más prolongado que el laboral, lo que resulta en la discontinuidad de este último, al lado de las dificultades para acelerar una actividad sometida a ciclos naturales tanto climáticos como biológicos, ponen en evidencia la tensión que existe entre la racionalidad capitalista y el comportamiento de la naturaleza y, bien vistos, dan fe de la incompatibilidad última entre capitalismo y naturaleza. Sin embargo, un hombre tan preocupado por las cuestiones medioambientales, como John Bellamy Foster (2004: 224-229), subestima la relevancia de la renta diferencial al asumir la vieja hipótesis de James Anderson (1859), en el sentido de que las progresivas inversiones agrícolas emparejarían las productividades eliminando la renta diferencial, lo que equivale a sostener que la diversidad natural termina por ceder ante la uniformidad tecnológica. Más sofisticada me parece la aproximación de Susan Archer Mann (1990: 28-46), quien acertadamente relaciona la diversidad productiva manifiesta en la renta, con las limitaciones que en la agricultura enfrenta lo que Marx llamó “subsunción real” del trabajo en el capital. Aunque creo que para entender el modo de inserción de los campesinos en el sistema del gran dinero habría que distinguir entre la que he llamado “subsunción material”, que supone la conformación tecnológica del proceso productivo para adecuarlo a la lógica del capital –que puede darse manteniendo formalmente la independencia del productor directo–, de la que Marx llama “subsunción real”, que conlleva tanto la subordinación material (tecnológica) como la formal del trabajo al capital.

La tendencia histórica a la producción creciente de alimentos y a la consecuente disminución de sus precios, estuvo vinculada –en la segunda mitad del siglo xx– a la generalización del paquete tecnológico asociado con la llamada “Revolución verde”, que, gracias al riego, la mecanización, las semillas mejoradas, los fertilizantes, los herbicidas y los pesticidas aumenta los rendimientos técnico-económicos. Puesto que están orientados a sustituir las potencialidades agroecológicas por insumos de origen industrial, reducen el diferencial de productividad asociado a la diversa calidad de los recursos naturales (fertilidad del suelo, cantidad y regularidad de las lluvias, disponibilidad de agua, clima, etc.).

Al acortar las diferencias entre el costo medio de un cultivo y los costos más altos que hay que poner en juego para cosechar lo que exige la demanda de los mercados, este incremento de la productividad erosiona también el sustento económico de la renta diferencial, la cual se origina precisamente en las diferencias de productividad coexistentes en un mismo cultivo y se expresa en la necesidad de que las inversiones en tierras de menores rendimientos también sean rentables, lo que en condiciones de libre mercado y oferta puramente empresarial eleva el precio de

los productos agrícolas en proporción directa a dichas diferencias de productividad. Ciertamente, este pago de más a la agricultura, captado por los capitales que tienen ventajas agroecológicas, puede ser contrarrestado por diferentes medios, entre ellos subretribuyendo la producción de mayores costos, frecuentemente desarrollada por productores familiares con lógica de subsistencia y no empresarial. Pero, se neutralice o no el sobrepago a la agricultura, la base económica de la renta diferencial está en el diferencial de costos que es necesario asumir para satisfacer íntegramente la demanda.

En esta perspectiva, la tendencia al aumento de la producción y de la productividad agropecuarias con rendimientos sino homogéneos sí menos diversos (con lo que la rama se asimilaba progresivamente al modelo industrial sustentado en medios de producción fabricados y poco sujetos a la diversidad y variabilidad de los recursos naturales), trabajaba en la dirección de reducir y en última instancia eliminar la renta diferencial, haciendo de la agropecuaria una rama convencional de la producción.

Sin embargo, en los años recientes la tendencia histórica de la producción agropecuaria de alimentos se ha modificado y hoy tenemos precios al alza y condiciones potenciales de escasez. Tal es el caso de los precios del trigo, del maíz, del arroz y de las oleaginosas, que a su vez arrastran a los de la carne y los lácteos, nueva situación que va más allá de lo coyuntural pues se origina en la combinación de varias tendencias profundas: por una parte, pérdida constante de fertilidad, extensión de la frontera agrícola hacia tierras incultas de potencial más bajo y menor disponibilidad de agua, y por otra, incremento consistente de la demanda, empujada no sólo por el crecimiento demográfico sino también por el cambio de hábitos alimentarios hacia los cárnicos y lácteos, mudanza que obliga a incrementar el uso forrajero de los granos, pero igualmente por el impetuoso incremento del uso industrial de las cosechas, en particular en la fabricación de agrocombustibles.

A diferencia de lo que sucedía hace unas décadas, este dispositivo impulsa un rápido incremento en la extensión de las tierras bajo cultivo, por lo cual los altos rendimientos en los lugares cuyas condiciones agroecológicas son óptimas, van acompañados por la persistencia y ampliación de siembras de menores rendimientos en tierras de difícil manejo y baja fertilidad natural. Todo esto se expresa en un creciente diferencial de costos de producción en diferentes porciones de un mismo producto, que a su vez amplía la base económica de la renta diferencial.

Sin ser excepcional, el caso de México es paradigmático pues bajo el supuesto de que los campesinos son ineficientes por naturaleza y que desde la perspectiva de las ventajas comparativas el país no tiene vocación cerealera, desde los años ochenta del pasado siglo las políticas de los sucesivos gobiernos se empeñaron en desmantelar el aparato institucional que mal que bien hacía viable la pequeña y mediana producción temporalera de granos básicos. El saldo fue el tránsito de la autosuficiencia alimentaria a una dependencia que en los años recientes ha sido de 67.9% en el arroz, de 42.8% en el trigo, de 8.2% en el frijol y de 31.9% en el maíz, y si en este último cultivo las importaciones no son aun mayores es porque un grupo de



agroempresarios del noroeste que dispone de tierras de riego y subsidios públicos, produce con tecnología intensiva y altos rendimientos casi 30% del maíz blanco de consumo humano.

La carestía alimentaria global que, con fluctuaciones, se mantiene desde 2007 y en particular la severa sequía y las heladas tempranas que enfrentó México en 2011, agravaron los problemas de producción y abasto de granos básicos, abonando las propuestas que desde diferentes ámbitos plantean la necesidad de reanimar y expandir en el sureste la producción campesina de cereales y leguminosas. Antonio Turrent, Investigador Nacional Emérito, adscrito al Instituto Nacional de Investigaciones Forestales, Agrícolas y Pecuarias (INIFAP), sostiene que en el país hay recursos suficientes para remontar la escasez alimentaria:

Alrededor de 9 millones de hectáreas de tierras de calidad agrícola en (...) el sureste (...); también ahí hay agua dulce no aprovechada para el riego, con un monto que casi duplica la capacidad actual de todas las presas del país (...); diversidad genética de cultivos nativos (...); clima privilegiado (y) un mayoritario sector campesino cuyo potencial productivo ha sido gratuita e injustificadamente descartado de los programas de fomento. (Turrent, 2012)

Lo mismo plantea Víctor Manuel Villalobos, director del Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura (IICA): “El futuro está en la región del sur y del sureste, allí abundan el agua y el suelo fértil. En el norte ya no se pueden realizar grandes inversiones (...) Estamos contra la pared porque (...) se ha hecho a un lado la agricultura en pequeña escala” (Citado en Pérez, 2012).

Ahora bien, recuperar la seguridad alimentaria reactivando regiones, formas de producir y tipos de productores que se habían marginado al apostar por la agricultura industrial del norte y noroeste, significa también ampliar la gama de rendimientos y costos de la producción necesaria para abastecer la demanda, incrementando con esto las rentas diferenciales y con base en ellas las especulativas. La única forma de evitar que la creciente diversidad productiva que conlleva la ampliación de la frontera agrícola, eleve aun más los precios e incrementa el de por sí enorme sobrelucro que obtienen los productores privilegiados, es el fomento a la agricultura campesina, tanto familiar como asociativa, y la regulación estatal de la producción y el mercadeo. Lo que hace prever escenarios semejantes al que se vivió en América Latina en los tiempos de la Alianza para el Progreso. Cuestión que abordaré en el siguiente apartado.

De las rentas que se generan en actividades primarias como la agricultura, se ha ocupado José Antonio Rojas Nieto (2011).

En el mercado en pleno proceso de obtención de una ganancia media, las transferencias de valor al interior de las ramas (...) tienden a ser menores. No es así en la producción de bie-

nes derivados de la explotación de los recursos naturales, pues la difusión tecnológica en la producción agropecuaria, minera, piscícola, forestal, petrolera –entre otras– no elimina la esencial influencia de fertilidad y ubicación.

A continuación, el economista ejemplifica con las grandes diferencias de productividad que existen entre el trigo producido por Francia, Egipto y Reino Unido, y el que cosechan China, India y Estados Unidos; y con el caso del arroz, donde la diferencia de rendimientos entre sus dos más grandes productores: China y India, es de 100%, para concluir remitiéndonos a los consabidos diferenciales de productividad petrolera que privilegian notablemente a los países del Golfo Pérsico. “Estas enormes diferencias explican las rentas –sostiene Rojas–, que representan importantes transferencias internacionales de las esferas industriales a las de productos primarios”. (*ibid.*)

Como bien sabía David Ricardo, la clave de la renta es la escasez. “El trabajo de la naturaleza se paga, no porque rinde mucho sino porque rinde poco” –decía en *Principios de economía política*. “En la medida en que se vuelve mezquina en sus dones, exige un pago mayor por su trabajo” (Ricardo, 1959 [1817]: 70). Y en tanto que crisis de escasez, la gran debacle civilizatoria es el mejor de los mundos posibles para un neroniano capitalismo rentista que gana más cuanto peor es el desastre, cuanto mayor es el enrarecimiento natural y social que él mismo provoca.

Resumiendo: la tendencia histórica a la producción creciente de alimentos de precios decrecientes, aunada a que el aumento de los rendimientos se originaba en recursos tecnológicos relativamente independientes de la diversidad agroecológica, apuntaba a una continua reducción de la renta diferencial, por cuanto la diferencia entre los costos medios y los máximos tendía a reducirse. Sin embargo, el incremento de la demanda por necesidades alimentarias, pero también forrajeras e industriales, aunada a la pérdida de fertilidad y presión sobre la tierra y el agua, apuntan a una recuperación de la renta diferencial por cuanto se cultivarán tierras de menores rendimientos y la diferencia entre costos medios y máximos tenderá a incrementarse.

Dos pueden ser los escenarios a los que conduzca el repunte del diferencial de costos: o los precios se fijan en los costos altos y los costos menores obtienen un sobrelucro, lo que supone que la sociedad como consumidora es obligada a hacer un pago de más que los capitales que participan en el sector se apropian de manera desigual, o –lo que es más probable– el diferencial de costos se constituye en la base de un regateo por ganancias incrementadas, a resultas del cual los consumidores tienen que pagar más, pero el sobrelucro no llega a la producción primaria y se lo reparte el oligopolio del acopio, transformación y comercialización, dejando fuera a los agricultores pequeños y medianos.

#### 4. LUGAR DE LOS CAMPESINOS EN EL MODELO DE DESARROLLO ¿OTRA VEZ “AGRICULTURA BIMODAL”?

Si la renta territorial crece y amenaza con dispararse catapultada por la Gran Crisis pues (como sabía Ricardo, las rentas florecen cuando prevalece la escasez), podemos esperar que se desempolven las opciones a un gravoso sobrepago que saquea a toda la sociedad, incluyendo a los capitales no vinculados con el negocio agropecuario.

No es casual, entonces, que incluso en el discurso de los organismos multilaterales se ponga otra vez en la orden del día la intervención del Estado en la producción alimentaria. Además de que, como hace más de medio siglo, se insista en la actualización tecnológica y económica de la producción campesina.

Y es que, a diferencia del agronegocio, que está en condiciones de pujar por el alza de los precios, los pequeños y medianos productores familiares que operan con lógica de subsistencia, pueden ser constreñidos a trabajar en tierras marginales y cultivos poco rentables, es decir con bajas o hasta nulas utilidades. Por sus saberes agroecológicos y manejo del policultivo, poseen una casi milagrosa habilidad para sobreponerse a las pérdidas por siniestros naturales, sapiencia muy útil en tiempos de cambio climático e incertidumbre medioambiental. Y, por si fuera poco, son capaces de absorber, con estrategias de diversificación de ingresos, los gravosos tiempos muertos propios de la actividad agropecuaria (Bartra, 2006: 120-123).

A primera vista pareciera que estuviéramos antes dos estrategias excluyentes y confrontadas. Se podría pensar que el discurso neocampesinista de los organismos multilaterales y la práctica acaparadora de tierras en que están enfrascados países, transnacionales y fondos de inversión, apuntan en direcciones opuestas. En ésta se profundiza el modelo esencialmente rentista, predador e insostenible propio de la agricultura industrial basada en el monocultivo, los agroquímicos y las semillas transgénicas; en la otra se expande una pequeña y mediana producción campesina diversificada fundada en la familia, la comunidad agraria y las empresas asociativas que emplea tecnologías ambientalmente sostenibles y es respaldada por el Estado mediante políticas de fomento.

Sin embargo, más que ante vías alternas e incompatibles, estamos ante la posibilidad de que se configure de nuevo un modelo de agricultura dual. Un patrón agropecuario bimodal de inspiración “desarrollista” como el que fue impulsado en el subcontinente durante la segunda mitad del siglo xx, promovido por la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), cobijado por la llamada Alianza para el Progreso e implementado mediante reformas agrarias, extensionismo agrícola y promoción del paquete tecnológico de la Revolución Verde.

Pero, pese al discurso entonces dominante favorable a la agricultura familiar, en realidad no se trataba de impulsar una vía propiamente campesina de desarrollo rural, sino de favorecer la expansión del agronegocio privado en tierras y cultivos de alta rentabilidad destinados a mercados globales, a la vez que en tierras margi-

nales y cultivos menos rentables se impulsaba la agricultura pequeña y mediana dirigida a mercados nacionales o locales.

En un orden presidido por la acumulación de capital, la preservación y hasta el fomento de un sector campesino de la producción agropecuaria no indica sensibilidad social ni es concesión política, sino frío cálculo económico. Está probado que la pequeña y mediana agricultura acotada a ciertos ámbitos de la producción, puede ser funcional al gran dinero. Sus ventajas para el sistema radican en que tiene una inusitada capacidad para enfrentar la incertidumbre climática y económica, soporta las peores caídas de los precios, es capaz de seguir operando en condiciones de escasez y resulta particularmente eficiente cuando se trata de trabajar con recursos frágiles. Además de que el policultivo y la diversificación productiva permiten aprovechar íntegramente los recursos naturales y laborales de las familias. El modo campesino de producir es particularmente adecuado para operar en condiciones agroecológicas y económicas que serían poco favorables para el agronegocio intensivo: ámbitos marginales donde las familias pueden producir no sólo para el autoconsumo sino excedentes importantes de productos alimentarios –y también, mediante algún tipo de agricultura por contrato, materias primas dedicadas a la agroindustria y al agrocomercio alimentario globalizado.

Común hasta hace algunas décadas, un sector campesino como el descrito y que por definición está sujeto a mecanismos de intercambio desigual en el mercado, está siempre al borde de la descapitalización y la ruina. Es por ello que su preservación es incumbencia del Estado que, al fomentar la producción campesina, sobre todo la alimentaria y de mercado interno, resuelve de manera barata y eficiente las dificultades que para los sectores no agropecuarios del capital representa la escasez y carestía permanentes de los alimentos.

En esencia, la funcionalidad de preservar tal agricultura bimodal –con agronegocios operando en las tierras de mayor potencial y en los productos más atractivos, y un sector campesino ubicado en tierras marginales y cultivos poco remunerativos– tiene su fundamento en la disparidad de productividades ocasionada por el carácter diverso y escaso de los recursos naturales necesarios en la agricultura. En el fondo del neocampesinismo conservador está la renta diferencial.

Una agricultura dual o bimodal en la que coexistan modernos agronegocios y campesinos tradicionales, puede ser más deseable para todos –y me incluyo– que una ruralidad de la que se ha barrido por completo a los pequeños productores y las comunidades. Pero en todo caso es necesario reconocer que se trata de una dualidad asimétrica e injusta que reproduce el colonialismo interno. Existe el riesgo de que se solidifique una combinación perversa de latifundismo arrendador, operador de monocultivos intensivos dirigidos al mercado externo, con agricultura familiar impulsora de una producción de pequeña escala, diversificada y para el mercado interno. Una combinación perversa de agronegocios ecocidas y predadores con campesinos agroecológicos y sustentables. Un adefesio rural donde, en asimétrica simbiosis, coexistan grandes capitales gestionados globalmente, movidos por la

ganancia, atentos al costo-beneficio y auspiciados por las megacorporaciones, con campesinos comunitarios gestionados desde el territorio, motivados por el *buen vivir*, respetuosos de la Pachamama (madre tierra) y cobijados por la “cooperación”.

Puede ser que el llamado de los organismos multilaterales a impulsar la pequeña y mediana producción sea puramente discursivo o que alimente un afluyente apenas marginal dentro de la previsible expansión agropecuaria encabezada por las transnacionales y el agronegocio. Pero una amenaza no menor es que se repita la historia y los campesinos sean uncidos una vez más a un modelo modernizador presidido por la lógica del capital, como sucedió a mediados de la pasada centuria en América Latina. Vía que ya evidenció sus límites y mostró sus costos.

El Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y la FAO han dicho que el Estado debe impulsar la necesaria recuperación agropecuaria, poniendo énfasis en los pequeños y medianos productores. Sin embargo, la solución del problema alimentario y el avance hacia una sociedad económicamente más justa, no se logra sólo relanzando al llamado sector social de la producción. Más bien, los resultados dependen de cómo éste se articule con la economía empresarial y con el sector público, agentes que por su naturaleza hegemónica tienden a subsumir, instrumentalizar y exprimir a los campesinos.

En el paradigma impulsado por la CEPAL durante la segunda mitad de la pasada centuria había espacio para la agricultura familiar productora de bienes de consumo dirigidos al mercado interno y de materias primas para la agroindustria y la exportación. Pero su desarrollo estaba al servicio de la acumulación de capital industrial; sector estratégico al que debía aportar alimentos y materias primas baratos, al que debía transferir mano de obra ya formada y al que debía servir como mercado. Todo dentro de un esquema de modernización donde la industria se imponía sobre la agricultura y la ciudad sobre el campo.

La pequeña y mediana producción campesina mercantil (producción mercantil simple) ya fue impulsada en el pasado, pero con un modelo inicuo que no se debía repetir. Y para esquivarlo habrá que cambiar los paradigmas del desarrollo agropecuario, en una mudanza que involucra conceptos más amplios y supone la revisión crítica del desarrollismo como ideología y del propio concepto de desarrollo.

Esto de hecho ya está sucediendo en países como Bolivia, donde la nueva Constitución habla de una “economía plural” donde la gran empresa privada de lógica capitalista coexiste con la producción familiar y comunitaria cuya racionalidad es la del bienestar, y con un sector estatal que debe abrirle paso al desarrollo posneoliberal cuyo objetivo es la edificación de un inédito “socialismo comunitario” sustentado en el paradigma del *buen vivir*.

El sujeto social que está detrás de este proyecto son los *campesindios* y lo que decidirá el curso del proceso es su capacidad –o incapacidad– de transitar de la resistencia en socialidades y economías locales a la edificación de una economía nacional de nuevo tipo y un estado multinacional sin precedentes. Es este un reto que nunca en su larga historia han enfrentado los campesinos y sus comunidades:

expertos en sobrevivir a las exacciones de sistemas inicuos y expansivos, pero cuyo *ethos* ha sido hasta ahora de alcance regional y nunca –ni siquiera como proyecto– un sistema-mundo de vocación globalizadora.

##### 5. EL CAMPESINO EN SU LABERINTO: UNA POLÉMICA.

Julio Boltvinik (2009: 2-41) retoma un debate que sostuvimos en el diario *La Jornada* en marzo y abril de 2008. Lo que sigue sintetiza las posiciones que entonces sostuve, y desarrolla –en plan polémico– el razonamiento desplegado en los apartados anteriores sobre la vigencia actual de la agricultura familiar.

La condición de posibilidad de explotar al campesino, entendido económicamente como un trabajador rural de cuya estrategia de sobrevivencia forma parte, en alguna medida, la producción por cuenta propia, radica en la desventaja cualitativa con que se inserta en el mercado. Por *no ser un capital libre y desalmado sino una apasionada célula social*, compra y vende con tal de subsistir y de ser posible mejorar, y no sólo para obtener ganancias. Su diferencia con el obrero, que para vivir tiene que vender su fuerza de trabajo y ahí lo ensartan, radica en que el campesino también compra insumos y vende productos además de que en muchos casos se emplea a jornal, y en todos estos intercambios lo ensartan. Resumiendo: la explotación del campesino es polimorfa como su existencia es plurifuncional.

Coincido, pues, con Julio: el que el campesino-jornalero absorba los costos de la estacionalidad del trabajo agrícola, tanto al emplearse por temporadas en el agrogocio como porque el precio que recibe por sus cosechas no compensa los tiempos muertos, es un aspecto sustantivo de la explotación. No estoy de acuerdo, en cambio, con que sea el aspecto “fundamental” y que la sobrevivencia campesina se explique “más” por la función de proveer mano de obra estacional, que por otras.

Pero la diferencia mayor entre nosotros no está tanto en el diagnóstico como en la medicina, pues Julio considera que “La política correcta para los países del tercer mundo” incluye “subsidiar a sus campesinos”, y que “los productores familiares reciban la totalidad de los subsidios destinados a compensar el costo de la estacionalidad”. En contraste, yo pienso que los subsidios no están mal, pero que la solución de fondo no radica en retribuir los tiempos muertos –derivados de los ciclos naturales pero también de la especialización y el monocultivo– sino en regresar a las estrategias diversificadas con que todas las sociedades agrarias anteriores enfrentaron tanto la demanda laboral discontinua de los cultivos como la necesidad de aprovechar integralmente la diversidad de los recursos naturales y humanos disponibles. Así lo escribí:

“La solución de fondo (*al problema de la estacionalidad del trabajo*) está en los aprovechamientos diversificados que permiten a los campesinos racionalizar el uso tanto de los recursos naturales como de su capacidad laboral (...) La multiplicidad de tecnologías y la diversidad articulada de aprovechamientos se imponen tanto por la pluralidad de los ecosistemas como por las limitaciones espacio-temporales de la capacidad laboral” (Bartra, 2006: 26).

Un ejemplo: la solución de fondo al problema laboral que representaba la enorme zafra cañera cubana no estaba en sostener todo el año a los cortadores, en suplir a algunos de ellos con trabajo voluntario o en reemplazarlos parcialmente con maquinaria; el verdadero remedio pasa por terminar con un monocultivo económica, social y ambientalmente predator que se impuso en el Caribe con la Conquista. En este sentido la revolución cubana profunda no arranca en 1959 o en 1961 sino casi medio siglo después, cuando por fin se empieza a desmontar el modelo colonial agroexportador.

Regresando al comienzo. En la introducción de *El capital en su laberinto* yo no afirmo que desapareció la renta diferencial y con ello la razón de ser de los campesinos. Digo, sí, que con innovaciones como la ingeniería genética y la nanotecnología el capitalismo *crea* haber realizado su sueño de hacer de la agricultura una rama industrial más. Y sostengo, también, que no hay tal, pero que al pasar del latifundio a los transgénicos –es decir de la renta de la tierra a la renta de la vida– el capitalismo pone en riesgo la sobrevivencia humana.

Y esto me lleva a extender el debate a los “argumentos ecológicos”, que por el momento Julio dejó fuera, pues a mi juicio la “persistencia del campesinado” como herencia viva, como recreación capitalista y como utopía, no remite tanto a fenómenos económicos derivados –la renta de la tierra, el costo de la mano de obra de obra de consumo estacional– como a la radical contradicción entre el gran dinero y la reproducción de la naturaleza: un antagonismo terminal señalado por Marx en *El capital* (1964 [1867, 1885, 1894]) retomado por Polanyi en *La gran transformación* 1944 [2003] y enfatizado por ecologistas modernos como James O’Connor (2001) en *Causas naturales*, por mencionar algunos autores.

Que al operar el capitalismo en el agro se distorsione el mecanismo de la formación de los precios es asunto comparativamente menor, lo grave es que el ritmo frenético y la homogeneidad tecnológica que impone el absolutismo mercantil “fracturan el metabolismo social” (Marx) y son ambientalmente insostenibles. Entonces los campesinos son mucho más que una forma de atenuar las rentas y abatir el costo laboral: patentizan la necesidad de modificar los patrones de la relación sociedad-naturaleza y prefiguran un orden ambientalmente sostenible y socialmente justo donde en vez de tratar de emparejarla a toda costa, la preservada diversidad natural da lugar a diversidad tecnológica, económica, societaria, cultural.

Con afán simplificador, sintetizo en tres las diferencias –no antagónicas– entre las posiciones de Julio y las mías: las causas de la pobreza/explotación de los campesinos, las implicaciones de la renta diferencial y el papel de la diversificación agropecuaria.

- 1] *Claves de la explotación.* Mi búsqueda se dirige a las causas de la *explotación* no de la *pobreza*. Y no es lo mismo, pues si el precio de sus cosechas no retribuye al campesino los días muertos, éste empobrece, pero el trabajo no ejercido no es explotado (como no sufre explotación el desempleado, aunque también él tenga derecho a un subsidio). En cambio, si atendemos al conjunto de su actividad concluiremos que el campesino es *pobre porque es explotado* y la clave de su explotación radica en que siendo un ente social en el que capacidades y necesidades no se han escindido y donde un factor subjetivo –el bienestar– es la mediación entre producción y consumo (Chayanov, 1974 [1925]), participa en el mercado capitalista donde sólo cuenta la ganancia. Mientras que el capital invierte para lucrar, el campesino trabaja para vivir y éste es su *hándicap*.

El obrero vende fuerza de trabajo *por lo que vale* y lo explotan al consumirla, en cambio el campesino –que en lo tocante al proceso inmediato de trabajo labora por su cuenta– es explotado cuando vende su producto *por menos de lo que vale*; pero también cuando paga intereses usurarios, compra insumos y bienes de consumo sobrevaluados y se emplea a ratos por jornales de infrasubsistencia. Los campesinos dicen que es la *Ley de San Garabato: comprar caro y vender barato*. Tienen razón, pues en su caso el multifacético y envolvente intercambio desigual es vehículo de explotación y de pobreza.

Dilucidar la clave de una explotación que no tiene su *premisa* en el mercado de trabajo y su *consumación* en el proceso productivo capitalista –como la obrera– sino que, a la inversa, su *premisa* está en la producción por cuenta propia y su *consumación* en el mercado de bienes, de servicios y de trabajo estacional, es fundamental para la crítica rigurosa de un sistema que en vez de conducir a la proletarización universal directa, que preveía Marx, está llegando a viejo en medio de un cada vez más extenso mundo de trabajadores precarios, a tiempo parcial o por cuenta propia, del que es paradigma la moderna producción doméstica campesina subsumida en el capital.

- 2] *Significado de la renta diferencial.* Los campesinos –cuyo recurso primario es el trabajo familiar–enfrentan dificultades no sólo para externalizar la discontinuidad laboral agraria, sino también al cultivar tierras por lo general malas y remontadas, que elevan los costos. Pero los campesinos no son los que, con la adición de la ganancia media, determinan tendencialmente los precios (como sucedería en un mercado donde todos los oferentes fueran capitalistas), porque quienes producen para subsistir se mantendrán en el surco aunque no obtengan ganancias y a veces operen con pérdidas (que se traducen en erosión del hombre y el medio ambiente). Esto reduce, anula o invierte la renta diferencial que pagaría la sociedad si los precios se fijaran a partir de los mayores costos y disminuyen, sin desaparecer, las sobreganancias de los agricultores mejor dotados.

Pienso que Julio estará de acuerdo con lo anterior –formulado por mi en un ensayo de 1979 compilado también en *El capital en su laberinto* (2006: 193-208)– pues para él la “regla” de los precios en los mercados donde concurren



campesinos y capitalistas es que sólo los días trabajados se incorporan como costos, lo que empobrece al campesino que tiene que vender su fuerza de trabajo por temporadas a los agroempresarios, mecanismo que mi modelo incluye destacadamente y trata de explicar. Pienso también, que su tesis no se “contrapone” –como él dice– a mi planteo de que los rústicos desaparecerían –Dios no lo quiera– cuando se desvaneciera la renta diferencial, esto es: cuando la agricultura fuera el proceso continuo, intensivo e independiente de la naturaleza que sueñan los transgenistas y nanotecnólogos; y no se contrapone pues en tal caso no habría tiempos muertos ni trabajo estacional, que es en lo que sustenta Julio la persistencia del campesinado.

- 3] *Virtudes de la diversificación*. Pero no sólo no habría campesinos, no habría nadie, pues si, en tiempos de calentamiento global, el manejo múltiple diversificado y sustentable –proverbialmente campesino– dejara paso al emparejamiento radical que demandan la producción masiva de agrocombustibles y otros requerimientos perentorios del capitalismo crepuscular, la propia vida humana estaría en entredicho.

Sin duda el policultivo, y en general la diversificación agropecuaria, enfrentan “obstáculos”, y es verdad que los campesinos la practican cada vez menos. Razón de más para reivindicar con urgencia las ventajas familiares, regionales y nacionales de los aprovechamientos múltiples, cuyas virtudes ecológicas y laborales destaca Julio, y a las que habría que añadir las culturales. Es frente al riesgo que la uniformidad tecnológica supone para los ecosistemas –materia en la que coincidimos– que la distorsión en el mecanismo de los precios me parece “asunto menor”, y que contrarrestarla retribuyendo socialmente los días no trabajados me resulta, en mejor de los casos, un recurso provisional y, en el fondo, contraindicado.

Me explico: compensar con subsidios a los campesinos monocultores cuyos tiempos muertos no son retribuidos por los precios, no desalienta el empleo de este modelo especializado, al contrario, lo estimula. Entonces, si de subsidiar se trata, subsidiemos mejor la diversificación y el manejo sostenible. Lo que en el fondo no es subsidio sino retribución de aportes ambientales, sociales y culturales.

En Boltvinik (2007), Julio se concentra en mi argumentación en torno a las claves de la explotación del campesino. Al respecto, sostiene que las “causas de la pobreza/ explotación” campesina están en que el precio que se paga por sus cosechas incluye sólo los días “efectivamente invertidos”, lo que “conlleva un subsidio... a la sociedad...y... constituye una forma de explotación”; exacción cuya medida es el costo impago de los días no laborados debido a la estacionalidad agrícola (305 en el caso del maíz). Curiosa teoría según la cual el campesino es más explotado cuanto menos trabaja.

Reitero mis coincidencias de fondo: el que en un orden de mercantilización y consumo continuo e intensivo de la fuerza de trabajo se transfiera a los campesinos la carga de la estacionalidad agropecuaria –que ellos no pueden externalizar como lo hace el capital– pero también de las diferencias y fluctuaciones espaciotemporales de los rendimientos por factores naturales, son injusticias del sistema que debe ser enmendadas –contra el sistema. Esto puede hacerse compensando los esfuerzos adicionales de quienes laboran en estrecha cooperación con la variopinta, parsimoniosa y voluble naturaleza, sobre todo si lo hacen con buenos modos campesinos: estrategias diversificadas, holistas, sostenibles.

Ratifico también mis discrepancias: yo no dije que “no hay explotación en el pago de 60 días por una fuerza de trabajo que requiere medios de subsistencia por 365” como señala Julio en el artículo citado, lo que sostengo es que: *hay* explotación campesina aun si el pago por la cosecha coincide con su *costo* empresarial (medios de producción consumidos más jornales efectivos), pues para que no la hubiera debería pagarse su *precio* (costo más ganancia media); *hay* explotación campesina cuando los pequeños agricultores, con ingresos generados por su trabajo, pagan caros los créditos, los insumos y los medios de vida; *hay* –obviamente– explotación campesina cuando estos se ven obligados a contratarse a jornal; y *hay*, por último, explotación de las comunidades campesinas mexicanas, cuando la economía estadounidense se apropia de la fuerza de trabajo juvenil de migrantes rurales que fueron formados y sostenidos por sus familias durante su vida preproductiva. Explotación del trabajo “efectivamente invertido” (cuál otro) que –según los clásicos– tiene su expresión y medida en la plusvalía, esto es: la diferencia entre la magnitud del valor creado por el trabajo y la medida del valor contenido en los medios de vida necesarios para reproducirlo.

Explotación –multiforme en el caso campesino– cuya *premisa histórica* está en que fue expropiado de los medios necesarios para una reproducción autónoma (se le dejaron u otorgaron pocas y malas tierras), y cuya *consumación económica* tiene dos momentos: la producción por cuenta propia que es su *base* (se crea plusvalor) y una serie de intercambios comerciales estructuralmente inicuos que son su *culminación* (se transfiere plusvalor). Operaciones, estas últimas, que incluyen la venta de fuerza de trabajo por un precio que puede ser –y es– inferior a su costo real, pues en su sostenimiento se emplean bienes y servicios autogenerados de los que el salario repone el costo más no el precio. (Este mecanismo, por cierto, explica también la explotación subrepticia del trabajo doméstico –proverbialmente femenino– generador de bienes y servicios de los que el consabido “gasto” restituye el costo de reproducción más no el valor completo).

A diferencia de los que fluyen entre economías nacionales o entre ramas de la producción, los crónicos intercambios desiguales que aquejan a un pequeño productor rural condenado a “comprar caro y vender barato” son, *a la vez*, la expresión económica de relaciones de explotación, por cuanto el campesino no es un empresario más o menos afortunado en el siempre disparejo reparto de las ganancias,

sino un *productor directo* que al ser esquilnado como *comprador* y como *vendedor* es esquilnado como *trabajador*, es decir: es explotado.

Me resta, sólo, explicar por qué, en el proceloso escenario de la “libre concurrencia” donde a veces se gana y a veces se pierde, el campesino casi siempre pierde. No es por su pequeñez, debilidad y pobreza –que, si en un sentido histórico son premisa, en términos estructurales son recurrente resultado. Todo esto cuenta, pero la clave de la desventaja no es cuantitativa sino cualitativa: su talón de Aquiles está –lo he dicho en *El capital en su laberinto* (Bartra, 2006: 247-280)– en que a diferencia del empresario que compra y vende sólo para lucrar, el objetivo primordial del campesino es subsistir, de modo que si bien quisiera ganar –retener excedentes que le permitieran mejorar su calidad de vida y fortalecer su producción– tiene que seguir comprando y vendiendo aun cuando no obtenga utilidades y con frecuencia ni siquiera saque los costos, pues a diferencia del fluido y oportunista capital, el campesino lucha por su vida aferrado a los pocos recursos y capacidades que son su patrimonio.

Si bien no puede suprimir las bases estructurales de su explotación más que cambiando el sistema, el campesino no sólo puede, sino que necesita organizarse y movilizarse para negociar los términos y tasas de explotación, pues de otro modo las fuerzas ciegas y estúpidas del capitalismo acabarían del todo con él, como lo hubieran hecho con el proletariado si no hubiese peleado por la jornada laboral, el salario y las condiciones de trabajo. Lucha que, eventualmente, le permitirá al labrador reducir la extrema compulsión al jornaleo y la migración, originada en los precios ruinosos que recibe por sus cosechas. Que este avance en la correlación de fuerzas social haga posible que el maicero trabaje 60 días y cobre 365 (o cualquier proporción semejante en otros cultivos), con lo que ya no tendría que emplearse por un salario, se me antoja una propuesta generosa pero especulativa en un orden que por definición tiende a transformar en mercancía toda la capacidad laboral disponible, así sea para tenerla como “ejército de reserva”. Más viable me parece la lucha que de hecho están dando los trabajadores del campo, por mejores precios, jornales dignos y, en general, por opciones viables para ejercer productivamente su capacidad laboral, no en las condiciones extenuantes y monótonas que imponen los monocultivos sino en las modalidades polifónicas y placenteras que propicia la multiactividad.

Un ejemplo histórico: a principios del siglo XIX, cuando en la campiña inglesa se generalizaban las trilladoras dejando en la banca durante el invierno a los jornaleros, estos no reivindicaron el envilecedor subsidio de las Leyes de Pobres con que se les quería compensar el desempleo, sino que se organizaron para destruir las máquinas que los desplazaban. Artilugios en verdad económicamente ineficientes pues se los empleaba por cortas temporadas y suplían un recurso como la fuerza de trabajo, que además de ser abundante debía ser sostenido también durante el invierno –laborara o no– pues sería necesario para la siembra y la cosecha. La lucha del legendario capitán Swing y sus seguidores contra las máquinas y por la digni-

dad del trabajo retiró por largo tiempo a las trilladoras de los campos, entre otras cosas porque la estrategia de especialización y mecanización a ultranza es irracional hasta para la lógica capitalista, cuando se impone en una actividad estacional y no totalmente mecanizable como la agricultura (Hobsbawm y Rudé, 1978).

La anomia de una modernidad cuya teleología y cuyos valores están en entredicho, convoca a resignificar y devolver densidad al tejido social. Y a hacerlo en una tesitura colectivo-solidaria que ha tenido que sobrevivir en las orillas naturales y sociales del capitalismo. En periferias que son a la vez reservorio-basurero del sistema y ámbito de reproducción y resistencia de los excluidos. *Ethos* subsumido y no subsumido –a la vez devorado y excretado por el gran dinero– donde a contrapelo sobreviven y eventualmente se fortalecen socialidades alternas como la campesino-indígena.

El “progreso” ya está muerto. La abundancia resultante del desarrollo de las fuerzas productivas –promesa compartida por el capitalismo y el socialismo– nos llevó a un escenario que no sólo es de desigualdad en el reparto de bienes y oportunidades, sino de omnipresente escasez: enrarecimiento de las condiciones naturales y sociales de las que depende la existencia humana. Y si tanto la opulencia con libertad individual como la opulencia con igualdad social resultaron espejismos, habrá que reconciliarse con la escasez y reconocerla, quizá, como el límite ontológico de la existencia humana. En todo caso, la austeridad es nuestro futuro inmediato... si es que hemos de sobrevivir. Y en manejarla son expertas las comunidades agrarias, más preocupadas por tener siempre lo suficiente que por tener cada día más. En esta línea y en la de reivindicar tanto el pasado como el futuro, tanto el mito como la utopía, avanzan –a trompicones– las revoluciones andino amazónicas en curso; mudanzas protagonizadas por los indígenas y los campesinos, por los campesin-dios de un continente colonizado.

#### REFERENCIAS

- Anderson, J. (1859), *Observations of the Means of Exciting a Spirit of National Industry*, Londres, Walton and Mabery.
- Banco Mundial, *Informe sobre el Desarrollo Mundial (2008), Agricultura para el desarrollo*, Washington, Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento.
- Bartra, A. (2006), *El capital en su laberinto. De la renta de la tierra a la renta de la vida*, Ciudad de México, Itaca.
- \_\_\_\_\_ (2008), *El hombre de hierro. Los límites naturales y sociales del capital*, Ciudad de México, Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM) e Itaca.

- Boltvinik, J. (2007), "Teoría del valor del trabajo en el laberinto campesino", *La Jornada*, México, 23 de mayo.
- \_\_\_\_\_ (2009), "Esbozo de una teoría de la pobreza y la sobrevivencia del campesinado. Polémica con Armando Bartra", *Mundo Siglo XXI*, núm. 18, pp. 27-41
- Chayanov, A. (1974 [1925]), *La organización de la unidad económica campesina*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Foster, J. B. (2004 [2000]), *La ecología de Marx, Marxismo y naturaleza*, Barcelona, El Viejo Topo.
- Foster, J. B. y F. Magdoff (2000), "Marx and the depletion of soil fertility: relevance for today's agriculture" en F. Magdoff, J. B. Foster y F. Buttel (eds.), *Hungry for Profit: The agribusiness threat to farmers, food and environment*, Nueva York, Monthly Review Press.
- González Obregón, L. (2009), "Paleografía y nota preliminar", *Proceso inquisitorial del cacique de Tetz-coco*, Ciudad de México, Cultura DF.
- Hobsbawm, E. y G. Rudé (1978), *Revolución industrial y revuelta agraria. El capitán Swing*, Ciudad de México, Siglo XXI.
- Katz, F. (1966), *Situación económica y social de los aztecas*, Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).
- Lévi-Strauss, C. (1972), *El pensamiento salvaje*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica.
- López Austin, A. (1995), *Tamoanchan y Tlalocan*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica.
- \_\_\_\_\_ (2001) "El núcleo duro, la cosmovisión y la tradición mesoamericana" en J. Broda y F. Báez, (eds.), *Cosmovisión, ritual e identidad de los pueblos indígenas de México*, Ciudad de México, Centro Nacional de la Cultura y las Artes (CNCA) y Fondo de Cultura Económica.
- Magdoff, F., J. B. Foster y F. H. Buttel (2000), *Hungry for Profit: The agribusiness threat to farmers, food and the environment*, Nueva York, Monthly Review Press.
- Mann, S. A. (1990), *Agrarian Capitalism in Theory and Practice*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.
- Marx, K. (1964 [1867, 1885, 1894]), *El capital*, tres volúmenes, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica.
- Marx, K. y F. Engels (s.f. [1848]), "Manifiesto del Partido Comunista", en *Obras escogidas en dos tomos*, Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, tomo 1, pp. 13-55.
- O'Connor, J. (2001), *Causas naturales. Ensayos de marxismo ecológico*, Ciudad de México, Siglo XXI.
- Pérez, M. (2012), "Con el actual modelo agrícola habrá escasez, dicen expertos", *La Jornada*, México, 27 de febrero.
- Polanyi, K. (2003 [1944]), *La gran transformación*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica.
- Ricardo, D. (1959 [1817]), *Principios de economía política y tributación*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica.
- Rojas, J. A. (2011), "El precio de los productos primarios", *La Jornada*, México, 1 de febrero.
- Turrent, A. (2012), "¿Cambio climático y última opción para el campo?", *La Jornada*, México, 25 de febrero.